

MI PADRE, ALFONSO LETELIER

por Carmen Luisa Letelier Valdés

Señor Presidente de la Academia Chilena de Bellas Artes, señores académicos, queridos amigos, querida familia:

En varias oportunidades he ocupado este mismo escenario en calidad de invitada para dar conciertos, especialmente dedicados a los compositores chilenos.

Hoy día me toca hacerlo, no para cantar, sino para hablar frente a ustedes, que han querido contarme entre sus pares, y aunque tal honor me abrumba, quiero decirles que pondré todo lo mejor de mi parte para corresponder a él. Además, este nombramiento lleva aparejado un doble sentido para mí ya que voy a ocupar el lugar que mi padre, Alfonso Letelier, dejara con su partida.

Es muy contradictorio lo que se siente al tener que hacer un elogio público de alguien tan privado como un padre, pero, al decir de Sócrates, un hombre que brilla en su vida privada por sus cualidades humanas será siempre un ejemplar hombre público.

Quisiera en esta tarde hacer un recuerdo de la cualidad más notable que Alfonso Letelier poseyó y que iluminó siempre todo su ser y su actuar: su sentido paternal, en la más amplia acepción del término, es decir: aquel que busca el desarrollo del hijo respetando su individualidad propia. Mi relación con él, además de la propia de una hija con su padre, fue una muy profunda compenetración en el plano musical. El fue el primer y fundamental impulsor de mi carrera y a él le debo el haber podido realizarla plenamente, a pesar de muchas circunstancias adversas y difíciles. Siempre estuvieron presentes para mí su apoyo, su consejo y su estímulo.

Pero no sólo me referiré a su acción paternal con los que naturalmente éramos sus hijos, sino aquella que ejerciera siempre con todos los que tenía cerca, fueran ellos pequeños o grandes, importantes o insignificantes. Para esto he debido echar una larga mirada atrás, y me he encontrado con un mundo de recuerdos y vivencias, unas felices, otras muy tristes y muchas que parecían desvanecidas en el tiempo. De lo que sí puedo estar segura es que su figura y su persona siempre están presentes en mis recuerdos y creo que en todos los que lo conocieron.

Era un maestro nato, maestro de la vida, de la música, de la naturaleza, incansable buscador de Dios y de la Verdad, y al mismo tiempo, abierto a comprender al otro, fuera quien fuera. Y esta actitud de permanente apertura, de permanente búsqueda y al mismo tiempo de entrega, fue la que hizo posible su vastísima labor en todos los campos en que se movió.

No me voy a referir aquí a su vida pública, si así lo pudiéramos llamar, es decir, desde que empezó a figurar en la vida musical del país y en las instituciones como la Universidad de Chile, la Escuela Moderna de Música o la Asociación Nacional de Compositores, y a su actuar en un aspecto que muy pocos de ustedes le conocieron, pero que fue para él siempre el motor principal de su vida y tal vez allí encontrarán la explicación de su gran versatilidad y apertura hacia todos los campos del saber.

Biografía

Tuvo una infancia plenamente feliz, rodeado de una familia unida, con una madre extraordinaria, con un padre brillante, esforzado y gran conductor de hombres. Su gran sentido de la caridad, en el mejor sentido de la palabra, es decir, el amor atento y solícito por su prójimo, lo aprendió sin duda junto a su madre, quien fue siempre un verdadero ángel para todos los que de cerca o de lejos necesitaran de alguna ayuda.

Después de terminar sus estudios en el Liceo Alemán de Santiago, donde, según él siempre decía, la cultura germana se convirtió en algo vivo al contacto de grandes maestros como los científicos Padre Martín Gusinde, Teodoro Drathen o José Smith, su acendrado sentido del deber familiar y patriótico le indicó el estudio de la carrera de Agronomía, ya que debía hacerse cargo de la inmensa Hacienda Aculeo, propiedad de su padre. Se entregó a sus estudios científicos con entusiasmo, en la Escuela de Agronomía de la Universidad Católica, donde se recibió de Ingeniero Agrónomo, sin dejar por ello sus estudios musicales, cuidadosamente vigilados por su madre doña Luisa Llona de Letelier.

Su enorme curiosidad vital lo llevó a especializarse en una de las ramas de la Agronomía que tiene mucho de arte, como es la Enología, o fabricación de vinos.

Como obligación natural en un joven bien nacido, cumplió su Servicio Militar en la Caballería, guardando de esta experiencia una gran admiración por la formación militar y un sentido de la disciplina y del orden que siempre lo acompañaron a lo largo de su vida.

Por su matrimonio ingresó a una familia de gente extraordinariamente artista y así fue como al llegar a la Chacra Subercaseaux se encontró con que su suegro, el gran ingeniero Horacio Valdés Ortúzar, tenía en el inmenso *living* estilo gótico de su casa un órgano de tubos, el que tocaba muy bien, además de tocar el violoncello y cantar con una hermosa voz de barítono los lieder de Schubert y Brahms. Su suegra, doña Blanca Subercaseaux Errázuriz, era una muy buena pianista que tocaba Bach, Chopin y Debussy con impecable estilo (estudió en Berlín con el profesor Martín Krausse), además era una pintora muy original e infatigable escritora.

Como es de suponer, este ambiente fue para él un gran estímulo, ya que, en general, la sociedad de la época no veía con muy buenos ojos el que un joven se dedicara al arte.

Al lado de su padre, el notable ingeniero don Miguel Letelier Espínola, profesor, investigador y Decano de Ingeniería de la Universidad Católica, varias veces Ministro de Estado y parlamentario, sus dotes de organizador, de innato pedagogo y de servicio público, se desarrollaron desde muy temprano allá en sus tierras, de Aculeo, de las cuales era el administrador general.

Su padre era, además de ingeniero, un agricultor progresista y lleno de imaginación: experimentaba muy diversos cultivos y actividades y mi padre más tarde también incursionó como pionero en experiencias de exportación y cultivos no tradicionales. Pero su máxima preocupación eran las viñas que él mismo plantó, y la delicadísima faena de las vendimias y posteriores procesos en las bodegas para fabricar exquisitos vinos que luego había que guardar en inmensas vasijas de roble, también fabricadas bajo sus indicaciones por toneleros expertos.

Él, personalmente, formó un equipo de trabajadores que llegaron a ser maestros en podas, cosechas, mantención y vigilancia estrecha de los caldos que fermentaban en las cubas, grados alcohólicos, embotellamiento y otros. En las tardes de otoño, bajábamos con mi madre y mis hermanos a buscarlo a la bodega, y allí lo encontrábamos en el laboratorio entre pipetas y tubos, haciendo mediciones de los caldos, rodeado de un inconfundible e inolvidable olor a orujos, maderas mojadas y vapores etílicos.

Y además de esta industria delicadísima estaba la ganadería, la que se desarrollaba en los enormes cerros que rodean Aculeo, a cuyo cuidado estaban vaqueros, baqueanos y capataces, los que una vez al año, en el mes de octubre, bajaban estas masas de animales que llenaban el campo de tierra y de mugidos, para ser apartados y marcados en rodeos que eran famosos en toda la región. Mi padre participaba en ellos como un vaquero más, siendo muy diestro en el manejo de los caballos.

Mis recuerdos de infancia lo ven siempre de a caballo, vestido de huaso, con alguna ramita olorosa de menta o poleo entre los dedos, observando con ojos de científico y al a vez de poeta cada uno de los animales, gozando con el color, el olor y el sonido de cada escena.

Los rodeos de Aculeo eran famosos en Chile por la cantidad de animales que se rodeaban, lo que daba participación a muchos corredores y sobre todo por el renombre de los caballos del Criadero Aculeo, de uno de cuyos ejemplares se tomó el prototipo del caballo chileno.

Este criadero fue fundado por don Miguel Letelier Espínola y él personalmente vigilaba la evolución y desarrollo de cada uno de los ejemplares, los cuales tenían su momento de exhibición en estos rodeos. Allí cada vaquero debía montar a varias yeguas o potros y correrlos frente a los ojos entendidos de don Miguel, don Francisco Antonio Encina, don Uldaricio Prado, don Máximo Valdés o Recaredo Ossa, máximos expertos en caballos chilenos.

Una de sus grandes aficiones era la entomología y siempre estaba preparando insectarios, con ejemplares que él mismo cazaba, de los cuales dejó algunos hermosísimos.

En una oportunidad en que los vaqueros debían ir al cerro a buscar animales, él no pudo acompañarlos pero se preocupó de fabricar redes de mariposa para varios de ellos y les encargó la captura de una mariposa muy escasa y escurridiza, la Castnia, que vive solamente quince días entre los 1.500 a 2.000 metros de altura en los cerros de Cantillana.

Su hermano José, que también andaba en el cerro, divisó en la lejanía por un camino de la montaña una hilera de gente a caballo con unos estandartes blancos, y pensó: ¡Alfonso se volvió loco! ¿Estará haciendo alguna ópera o más bien será una manifestación política? Pero en estas soledades....

Cada salida con él al cerro o al campo era una verdadera clase de botánica o de zoología. Nos enseñaba a observar cada planta, cada flor, cada bicho, y no le temía a ninguno. Una vez llegó a la casa con una culebra viva en las manos y la dejó sobre el piano. ¡Podrán imaginar los desmayos y alaridos de todas las mujeres de la casa!

El que fuera su admirado maestro en el Liceo Alemán, el gran científico Padre Teodoro Drathen, solía pasar algunas temporadas en Aculeo, y no era raro verlo sentarse a la mesa con la pechera de la sotana llena de hormigas que se habían escapado de algún bolsillo.

Cuando fue Decano de Artes en la Universidad Metropolitana entabló gran amistad con el Decano de Biología, y llevaba a los nietos a visitar los laboratorios y muestras que allí había.

En cada uno de sus viajes procuraba salir al campo y observar los animales o insectos del lugar. Cuando estuvimos en México, en 1994, mandó detener el bus que nos llevaba a Taxco para observar una enormes iguanas que algunas indias mostraban en el camino.

Me padre tenía una gran inclinación por la arquitectura, y su espíritu inquieto y su incansable actividad lo llevaron a convertirse en un infatigable constructor. Tenía en el campo una obra de ladrillos, donde se fabricaban todos los que se necesitaban, además de tejas y adobes para las innumerables construcciones y reparaciones de casa, corralones y bodegas. Cuando en 1985 el terremoto que asoló a la zona central destruyó nuestra hermosísima casa de Rangué, él tomó a su cargo personalmente la reconstrucción, y haciendo cundir milagrosamente las escasas platas del seguro, recogiendo cada clavo, cada tabla, cada ladrillo, y encaramado junto a los maestros en las escaleras, reconstruyó la casa, haciéndole varias modificaciones que han sido la admiración de varios expertos arquitectos.

Cuando vinieron los tiempos difíciles y le arrebataron sus adoradas tierras de Aculeo, se empleó sin ofrecer reparos en un modesto puesto del Ministerio de Educación; como en esos tiempos se estilaban los

“trabajos voluntarios” causó sensación entre sus colegas por sus dotes de maestro chasquilla, ya que no había herramienta ni serrucho ni clavo que se le resistiera.

Fiestas

Las fiestas y su organización eran una preocupación constante de mis padres, ya que era una manera de entretener sanamente a la gente y al mismo tiempo procurar que fueran hermosas, ya que siempre postularon que la belleza enaltece al hombre y alegra los corazones.

Aculeo se ha caracterizado siempre por tener una gran concentración de manifestaciones folclóricas, y así no era difícil encontrar cantoras o poetas para cualquier ocasión, o inagotables narradores de sucesos, leyendas o brujerías.

En los viajes al cerro, alrededor de las fogatas en la noche, mientras brillaban con fuerza las estrellas y el silencio de la montaña se hacía imponente, los vaqueros comenzaban sus cuentos de apariciones, leones con fauces de fuego, toros fantasmas y las infaltables brujerías de doña Eduvina, a la cual se solía ver volando por los aires convertida en un mítico pájaro, el Tué-Tué.

En Rangue se celebraban los matrimonios con interminables parabienes a los novios, a los padrinos, al cura, a los invitados, en fin, nadie quedaba fuera. Y los velorios de angelitos, que no eran la ceremonia macabra que la gente imagina, sino más bien una forma de solidaridad y consuelo de los poetas y cantores para el dolor de los padres, ya que todos los versos les recuerdan que el niño muerto es un angelito que vela por ellos desde el cielo.

El folclorista Juan Uribe Echeverría, quien siempre asistía a cuanta celebración podía, recopiló en un libro páginas y páginas de versos a lo divino y a lo humano tomados en Aculeo, como por ejemplo la famosa novena de la Cruz de Mayo o simplemente encuentros de payadores.

Aparejado al trajín de los rodeos, que era un trabajo bastante pesado, venía la fiesta, en la que se preocupaba de traer buenas cantoras que lo amenizaran con cuecas y tonadas.

Como no había carabineros en muchos kilómetros a la redonda, él y mis hermanos debían asistir a las fondas y vigilar el orden con pistola al cinto, ya que llegaban muchos afuerinos y gente desconocida, lo que no les impedía que se bailaran sus buenos pies de cueca con algunas señoras de la concurrencia y, por cierto, con la Reina del Rodeo. Margot Loyola, en una oportunidad en que nos observó bailar la cueca aculeguana, consideró que tenía un estilo muy particular.

Estas fiestas de Rangué, organizadas por mi padre, quedaron para siempre en el recuerdo de las gentes de la zona, y aún hoy se habla de ellas con nostalgia. Cómo olvidar las Fiestas de la Vendimia, que se realizaban a fines de marzo, en las que se engalanaba el corralón con pámpanos y racimos enroscados alrededor de los postes del corredor, y en las que el más tomador y alegre de los trabajadores era paseado como un dios Baco sobre un burro y homenajeado por los asistentes. Y el baile, amenizado por cantoras y orquestas de mariachis, donde alternaban las cuecas con los corridos.

Las celebraciones de festividades religiosas era otra de las actividades que ocupaba la atención de mis padres.

Por ser Aculeo una zona muy poblada, siempre fue responsabilidad de los patrones el preocuparse por la atención espiritual de todos los habitantes de la zona, y así era como había en las casas grandes de mis abuelos un capellán permanente, el que vivía en una hermosa casa junto a la iglesia construida por la bisabuela y reconstruida por mi abuelo luego del terremoto del año 1906, obra del arquitecto español Pedro Forteza.

Junto a esta iglesia, su madre Luisa Llona creó un dispensario y una posta de primeros auxilios en la que se realizaban operaciones menores. Los doctores Asenjo y Exequiel González Cortés

supervigilaron y atendieron esta posta, que contaba con varias religiosas para su mantención.

En esta iglesia, mi padre junto a sus hermanos formó un coro con los peones del fundo y las niñas de la escuela, con el que llegaron a cantar a la perfección la Misa Gregoriana de Angelis y corales a cuatro voces de J. S. Bach.

Una vez al año, entre abril y mayo, llegaban las Misiones, predicadas por los padres Capuchinos.

Era ésta una época deliciosa en que el campo estaba en reposo, todo teñido de oro, con neblinas tenues y humaredas lejanas.

Nosotros, niños, faltábamos al colegio todos los días en que durara la misión, pues nuestros padres debían quedarse en el campo, y nuestra tarea entonces era atender a los Misioneros, adornar la iglesia y, lo que más nos gustaba, fabricar hostias con un extraño utensilio de fierro fundido que debía calentarse y llenarse con la masa de harina y agua para luego ponerlo al fuego.

Cómo olvidar las interminables conversaciones de mis padres con los misioneros, especialmente el santo sacerdote y poeta Prudencio de Salvatierra, navarro de pura cepa. Y las predicaciones todas las tardes, con la iglesia llena de gente, con los hombres en sus negros ponchos de Castilla, pues ya las tardes refrescaban.

Y luego venía la preparación de las procesiones finales, con enormes andas en las que la Virgen y San Isidro, patrono de los campesinos, eran paseados por los caminos aún polvorientos, tapizados de pétalos de flores y adornados con arcos de arrayán. Y como el patrón debía dar el ejemplo, debía ser el primero en confesarse y encabezar la larga fila de hombres que comulgaban en la primera misa de las 6 de la mañana.

Una de las celebraciones religiosas de más contenido artístico y folclórico era la Novena del Niño Dios, novena que aún hoy día se celebra en la iglesia de Rangué desde el 16 de diciembre de cada año hasta el día de Navidad.

Cuando mi padre, recién casado se fue a vivir a Rangué, que es el lugar más hermoso de Aculeo, su padre don Miguel mandó construir la iglesia con los planos del pintor Pedro Subercaseaux.

Al enterarse de que en algunas casas se rezaba la Novena del Niño, antiquísima tradición traída desde Alhué, al otro lado de los cerros de Cantillana, por doña Clarisa Contreras, quien tocaba el arpa, les pidió que la celebración se trasladara a la iglesia, y allí se celebra desde entonces, agregándose las voces y guitarras de las hermanas Juana y Ester Acevedo.

Desde los primeros días de diciembre, comenzaba la preocupación de mi padre por comprometer a las cantoras, comprar cuerdas para las guitarras y el arpa y, libreta en mano, (en ese tiempo no había grabadoras), estar atento a los versos y melodías, que cada año eran distintos y que cada tarde traían las señoras, sacados de sus insondables memorias y recuerdos. Estos versos y melodías apuntados rápidamente eran luego transcritos y conservados en los archivos de la Universidad de Chile como un tesoro de arte popular. ¿Quién no conoce los versos?:

Señora doña María
yo vengo de l'Angostura
y a su niñito le traigo
esta preciosa montura.

o bien

Un rey de Oriente llegó
de a caballo en un camello
y al rey de la jerarquía

oro y mirra le ofreció.
Ya viene el día, ya amaneció,
los gallos cantan, Cristo nació.

Y así, cada tarde, eran 5 versos que se cantaban, interrumpidos cada vez por una estruendosa piteadera de los niños, con pitos hechos de cañas de zapallo o de cicuta, con el fin de impedir que el Niño Jesús se quedara dormido sin escuchar todos los versos. Este, con sus grandes ojos de cristal en su rostro policromado, reposaba en un pesebre rodeado de las primicias que los campesinos le ofrecían, macetitas de trigo, peritas, ciruelas, huevitos celestes de codorniz, sandías primerizas, choclos tiernos y duraznos pascuinos.

Nosotros participábamos activamente en este Novena y mi hermano Miguel aprendió a tocar el arpa con doña Clarisa mientras Juan José y yo cantábamos y tocábamos guitarra junto a las Acevedo.

En una oportunidad estuvieron para el día de Navidad el compositor Jorge Urrutia y la folclorista Raquel Barros, y pudieron asistir a lo mejor de la Novena, que es el Esquinazo.

Ese día la Novena se reza de noche y desde temprano empiezan a llegar por los caminos estrellados las gentes con sus guaguas, viejos, perros, en fin, las familias completas. En el coro de la capilla se alineaban los niños y guaguas dormidos, los que de tarde en tarde se despertaban con el ruido de los pitos y lloraban como lo haría el Niño Jesús.

Las cantoras, muy nerviosas, ensayaban a media voz los versos de esa noche, escondidas en la escalera de la torre, mientras se terminaban los rezos de “Gloria al Niño Dios que ha nacido ya, ven a nuestras almas, oh, Rey celestial”.

Una vez que cantaban sus cinco versos desde el coro, bajaban con gran regocijo de los niños, e iluminadas por velas, a instalarse al lado afuera de una puertecilla lateral, con una pequeña ventana enrejada, por la cual se cantaba el esquinazo:

Despierta Niñito ´e Dios
a los rayos de la luna,
ay Niño divino, mi encanto, mi amor
ábreme la puerta luego,
antes que me den la una...

y luego daban recios golpes al aldabón de la puerta.

Este llamado se repetía por cinco veces, y por fin, se abría la puerta.

Nunca podré olvidar la escena que se presentaba entonces a los ojos:
la iglesia estaba a oscuras, iluminada sólo por las velas del pesebre, y el
gentío que la llenaba contenía el aliento para no perderse ninguna de
las despedidas:

Señora Doña María
yo vengo con mucha pena
porque al Niñito Jesús
se le acabó la Novena.

Señora Doña María
y mi padre San José
guárdenme para este otro año
y cantarles otra vez.

Una vez terminada la Novena, se preparaba la iglesia para la solemne
Misa del Gallo, para la cual mis padres siempre traían algún sacerdote
amigo. Y ahí cambiaba entonces el escenario, se sentaba mi madre al
armonio y cantábamos, mis hermanos y yo, villancicos junto a un
pequeño grupo escogido de niños de la escuela.

Y luego venían las siembras, las araduras, los repartos de tierras y
raciones a los inquilinos, las prorratas de las carretas, los cercos de
leña y carbón, las medierías, la vigilancia de la obra de ladrillos y tejas,
el quillay y el boldo para la exportación, la cosecha de las almendras

que más de una vez hubo que defender a escopetazos de los ladrones nocturnos que se dejaban caer desde Naltagua.

La carpintería era el lugar preferido de los niños, y recuerdo cómo él, junto al maestro Heriberto, nos enseñaba a fabricar pequeños muebles o juguetes, o bien la herrería, donde el maestro Ezequiel reinaba como Vulcano entre chispas de fragua y yunques, fabricando tejas, arados, frenos y espuelas.

La casa de máquinas abrigaba tres grandes bombas francesas movidas por la corriente que provenía de la planta hidroeléctrica instalada en un brazo del estero Angostura, todo ejecutado en 1911 de acuerdo al visionario proyecto de su padre, esto era en el corazón del fundo y la razón de ser de su explotación económica, ya que el elemento vital, el agua, era elevada desde la laguna para regar a través de kilómetros de canales todo el campo.

En la casa de máquinas tronaba el maestro Eulogio, quien además tenía a su cargo el cuidado y manejo de los botes. Era paseo obligado el ir a las islas a tomar té o simplemente a contemplar los maravillosos paisajes del lago.

Mi padre personalmente contrataba profesores y mantenía una escuela, en la cual debían tomarse exámenes a fin de año junto con los enviados del Ministerio; de este conocimiento que lograba de cada uno de los niños, al detectar a alguno que tuviera relevantes capacidades, se le enviaba a estudiar a Santiago a las Escuelas Salesianas, de donde volvían convertidos en herreros, electricistas, maquinistas o carpinteros, siendo ellos la base de un equipo de trabajadores técnicos.

En las tardes de invierno daba clases de lectura a los adultos analfabetos, y todo esto lo hacía con una alegría, una bondad y una paciencia inagotables. Sus aficiones científicas lo llevaban a ejercer muchas veces como ayudante o enfermero en el policlínico del fundo,

en el cual muchas veces puso inyecciones e incluso llegó hasta a atender partos urgentes.

El club de fútbol era otra de sus preocupaciones, y él era un muy buen delantero. Hasta hoy existe en Rangué una cancha reglamentaria de fútbol rodeada de hermosos árboles que él regaló a la comunidad, aún después que la Reforma Agraria le devolvió algunos trozos dispersos de sus tierras.

Su fama de hombre justo y criterioso lo convertía habitualmente en el albacea de las complicadísimas herencias y particiones de los campesinos, donde poner orden en los papeles, muchas veces inexistentes o llegar a saber realmente cuántos animales se debían repartir, quién tenía las monturas, a quién pertenecía la cosecha o en qué cerros andaban las vacas perdidas, era una tarea digna del más ducho de los abogados.

Para las Fiestas Patrias, y al final del verano, era obligada la representación en el Teatro de Rangué de una obra de García Lorca o de José Letelier o de Díaz Meza, llevada a la escena por un grupo de jóvenes, entre los que por supuesto nos contábamos todos los Letelier, incluidos numerosos primos que llegaban a caballo desde todos los puntos de Aculeo, bajo la supervisión de algún amigo del Teatro Experimental o del Teatro de la Católica, con vestuarios fabricados por las señoras del Centro de Madres y con la masiva y delirante asistencia de todos los que cupieran en la sala.

Amistades:

Su gran amplitud de criterio y el vasto campo de sus intereses le permitían y le exigían cultivar la amistad de personalidades muy diversas y a veces antagónicas.

Esta cualidad suya hacía que la vida junto a él resultara siempre fascinante, ya que en su casa se podía encontrar a los personajes más disímiles que se pueda uno imaginar.

Cómo olvidar por ejemplo alguna noche en Rangué en que, arrancando de algún temblor, que allí eran muy frecuentes y recios, nos encontrábamos en ropas de dormir un obispo capuchino, un coronel de Ejército, un escenógrafo del Teatro de Ensayo y toda la familia, más algunos amigos de los niños, comentando las impresiones del susto recién pasado.

O bien el homérico encuentro de don Juan Gómez Millas con el Rvdo. Padre Osvaldo Lira en el comedor de Rangué. Quien haya conocido a los dos personajes se podrá imaginar el nivel y el vuelo que alcanzaban entonces las conversaciones de sobremesa.

Su entrañable amigo, el historiador Jaime Eyzaguirre, pasaba largas temporadas en casa, en Rangué, pues la absoluta calma y el aislamiento del lugar le permitían escribir en paz.

En una oportunidad estuvo varios días con nosotros Violeta Parra, con la cual entablamos una profunda amistad, ya que además de ser una artista extraordinaria era una mujer cálida y encantadora. Llegaban músicos, como Free Focke y su mujer; directores de orquesta como Igor Markevitch o Sergio Celibidache; gente de teatro como Fernando Debesa o Pedro Mortheiru. En una oportunidad en que el compositor Igor Stravinski vino a Chile, mi padre, como Decano de la Facultad de Artes, debió recibirlo y atenderlo. Mi hermano Juan José y yo obtuvimos permiso del Colegio para ausentarnos y dedicarnos a la atención de tan gran personaje, al cual trasladábamos en auto de un punto a otro. Las gentes de Aculeo también lo conocieron, y un día llegó un recado que decía: Díganle a don Alfonsito que lo llamó el maestro don Igol...

Pero no todos eran personajes. También llegaban a él con sus cuitas y problemas sus trabajadores, sus nietos, sus sobrinos, sus alumnos, y para cada uno tenía una palabra, una ayuda, una orientación. Hasta hoy nuestros primos y nuestros amigos recuerdan aquellas veladas en Rangué, ya fuera en verano, en la terraza, con el croar de las ranas y el melancólico grito de las hualas en la laguna, observando las estrellas por el telescopio, o bien en invierno, junto a la chimenea, conversando interminablemente sobre música, religión, filosofía o botánica y aquellas otras tardes y noches musicales en las que cantábamos coros a 4 voces, o bien él acompañaba a mi madre o a mí, en los lieder de Suman o de Mahler, o bien se tocaba piano a 4 manos.

Ustedes se preguntarán a qué hora se dedicaba a componer: pues bien, aunque parezca increíble, en medio de este cúmulo de actividades y responsabilidades tan disímiles, él se reservaba dos momentos en el día que eran sagrados: uno era a mediodía, cuando volvía del campo, y luego a la tarde, cuando “tiñe la Oración” como dicen en Aculeo. Se encerraba en su escritorio a componer. Según sus propias palabras “la creación musical es para mí una satisfacción espiritual que no comparo con ninguna otra”.

Este hombre tan enérgico, tan activo, tan lleno de intereses diversos, era al mismo tiempo un soñador, un místico y un ser de una delicadeza espiritual que lo hacía ser una persona cálida, con una gran facilidad de comunicación con los demás. Nunca tenía una postura preconcebida frente a las cosas y así fue como a lo largo de su vida, aunque le tocó enfrentar momentos muy difíciles, tomar decisiones dolorosas y arriesgadas, nunca lo hizo hiriendo a otros o pasando por encima de la dignidad de otros.

Hubo acontecimientos que lo marcaron muy profundamente a lo largo de su vida, unos felices y otros trágicos. De cada uno de ellos me atrevería a decir que nació alguna obra musical.

Sólo por citar algunas, las que a mí personalmente más me lo representan, me referiré por ejemplo a su coro Pinares, tan conocido y cantado por todos los coros de Chile y de América. Lo escribió para el cuarteto Letelier-Valdés, allá por el año 1937.

Este cuarteto estaba formado por sus cuñados Blanca y Gabriel Valdés Subercaseaux y por su joven esposa Margarita Valdés Subercaseaux. Tenían los Valdés una casita de veraneo en Valdivia, en una isla del río, que se llamaba Los Pinos, y allá se juntaban para ensayar. Mi padre llegó en una oportunidad con el coro recién compuesto especialmente para ellos. De esta época datan también “En los brazos de la luna”, “Hallazgos” y “Corderito”, con textos de la Mistral, gran amiga de los Valdés Subercaseaux.

Dedicadas a su hijo mayor Miguel, escribió las “4 canciones de cuna” con textos de Amado Nervo, Gabriela Mistral y Manuel Arellano. Estas canciones fueron escritas para la voz de mi madre, la que las cantó muchas veces.

Su concierto para piano “La vida del campo” es una de las pocas obras suyas en la que aparece alguna referencia al folclore. En él hay un movimiento con aire de cueca. El contaba que este movimiento lo compuso inspirado en una experiencia vivida en los cajones de Piche, subiendo a los cerros de Aculeo, un anochecer, en el que desde un ranchito escondido entre pataguas y peumos de una quebrada, llegaba una tenue melodía de cueca. Es un hecho que a pesar de haber vivido siempre tan cercano al folclore éste no influyó significativamente en su vasta producción musical.

Sus “Sonetos de la muerte”, con los textos de la Mistral, coincidieron con la trágica muerte de su hermana Consuelo en 1948, y son como la primera aparición de su faceta angustiada por problemas metafísicos.

Los “Vitales de la Anunciación” nacieron primero como música incidental para la obra de Paul Claudel “L’anonce falte a Marie”, obra que montó el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, bajo la

dirección del notable director de teatro francés Etienne Fríos. En esta obra participó activamente casi toda la familia, ya que las traducciones se hicieron en casa, la parte solista la cantó su cuñada Silvia Soublette, el coro femenino estaba formado por todas las cuñadas y primas que tuvieran voz y oído, y recuerdo que, aunque estábamos muy chicos, pasábamos en el Teatro en todos los ensayos y nos conocíamos cada texto y cada música de memoria.

“Las estancias amorosas” las escribió en 1966 con textos de mi abuela Blanca Subercaseaux. Era muy notable la relación entre suegra y yerno, ya que tenían ambos una enorme afinidad espiritual. Estas canciones coincidieron con la triste enfermedad y muerte de su cuñada Blanca Valdés.

La suite “Aculeo”, de 1955, es un retrato musical y onírico de los dos elementos que dominan el paisaje de Aculeo, el lago y la enorme montaña llamada Horcón de Piedra. En ella se refleja todo el amor y compenetración de mi padre con esas tierra que formaban parte de su propio ser.

Por eso es que en 1971, cuando todo le fue arrebatado, me atrevería a decir que quedó herido de muerte en su alma.

Ya nunca fue lo mismo,
ni Aculeo sin Alfonso Letelier,
ni él sin Aculeo.

Cuando estaba en lo más negro de esta penosa situación, llegaron a sus manos unos versos del poeta alemán Stefan Georg, “El tapiz de la vida”, y “El año del alma” en los que se describe un jardín amado, al cual por última vez se entra, y con infinita nostalgia expresionista se describen las flores ajadas por el descuido, los cercos derruidos, los árboles moribundos, es decir, el retrato exacto de su Aculeo en esos momentos. Escribió dos series de canciones con estos textos, las que yo estrené en 1972.

Sus “Preludios vegetales”, en cambio, reflejan la fascinación del científico frente a los misterios de la naturaleza, los insectos, los microorganismos, las células.

Su sinfonía “El hombre ante la ciencia”, escrita en 1983 y 1985, la que tiene un movimiento con canto, representa para mí la cumbre de su personalidad, pues no sólo escribió la música sino también el plan metafísico de la obra y el texto, que es un compendio de su permanente duda, asombro, y fe frente a la creación.

La muerte de nuestro hermano menor, Francisco, fue la estocada más cruel que recibiera y la que aceleró su final. Sin embargo, el dolor que sentía lo desfogó en su última composición, el “Nocturno”, que dedicó a nuestro Ensemble Bartok, obra que él quiso especialmente. Tuvimos el privilegio de estudiarla con él, en su casa, y llevarla triunfalmente en varias giras internacionales, la última de ellas a México, donde él nos acompañó.

Diría que esta obra es como un resumen de su estado de ánimo y de su pensamiento en sus últimos tiempos. Su sombrío expresionismo muestra cómo la duda y el dolor tratan de abrir paso a una esperanza que finalmente está simbolizada en el himno gregoriano con que termina.

Pocas horas antes de su muerte, nos pidió que no dejáramos de tocarlo, y es por eso que en esta tarde, gracias al cariño de mis colegas, queremos rendirle una vez más este póstumo homenaje que, estoy segura, él sabrá apreciar desde el lugar en que ahora se encuentra, libre ya de dudas y angustias, gozando de la Bondad, la Sabiduría y la Belleza Absoluta de Dios.